

JOSÉ L. CARAVIAS S.J.

# *Fe y dolor*



*Respuestas bíblicas  
ante el dolor humano*

EDITORIAL **SANTA MARIA**

SIGUIENDO LA PALABRA

JOSÉ L. CARAVIAS S.J.

# FE Y DOLOR

RESPUESTAS BÍBLICAS  
ANTE EL DOLOR HUMANO

EDITORIAL **SANTA MARIA**

Caravias, José Luis

Fe y dolor : respuestas bíblicas ante el dolor humano / José Luis Caravias. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santa María, 2018. 224 p. ; 20 x 14 cm. - (Siguiendo la palabra)

ISBN 978-987-616-280-7

1. Experiencia Personal. 2. Espiritualidad Cristiana. I. Título.  
CDD 248.4

Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir y encuadernar en junio de 2018  
Instituto Santa María de Artes Gráficas (ISMAG)

Hecho el depósito que señala la ley 11.723

ISBN: 978-987-616-280-7

Todos los derechos reservados por

© **EDITORIAL SANTA MARÍA**

Av. Rivadavia 8517 - (C1407DYH) - Ciudad de Buenos Aires - Argentina

☎/Fax: (54 11) 4671-0110 (líneas rotativas)

E-mail: [info@editorialsantamaria.com](mailto:info@editorialsantamaria.com) / [www.editorialsantamaria.com](http://www.editorialsantamaria.com)



Queda prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*“El Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos”.*

(SANTO DOMINGO, 179)

*En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de las injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de su propia cultura que no es respetada y es incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; los rostros angustiados de los menores abandonados que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y postergadas; los rostros cansados de los migrantes que no encuentran digna acogida; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen el mínimo para sobrevivir dignamente...*

(SANTO DOMINGO, 178C)



---

# PRESENTACIÓN

Hablar del dolor es hablar de la persona. ¿Es el dolor algo biológico? ¿Algo filosófico? ¿Algo religioso? Las raíces del dolor ahondan en lo más íntimo y profundo del dolor humano. La respuesta no es fácil, ni unilateral... Hay algo biológico, filosófico y religioso al mismo tiempo.

El dolor es realidad y misterio; noche y día; tiniebla y luz, debilidad y fuerza, muerte y vida, desesperación y esperanza, esclavitud y catarsis.

Es indudablemente una realidad misteriosa que sitúa a la persona humana en un camino lleno de interrogantes: interrogantes que marcan a la raíz su búsqueda apasionada, dramática, a veces trágica.

Job y Qohélet nos dicen que la Palabra de Dios llega a elegir hasta esos caminos para solidarizarse con una humanidad aparentemente castigada y maldita. Es una oscuridad total, que da esa chispa de luz que puede ofrecer a la persona humana la posibilidad de entrever un hilo de solidaridad misteriosa entre grito y respuesta.

El Dios de Israel no es un ídolo: que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye, que tiene manos y no toca, que tiene pies y no camina, que tiene boca y no habla. Es un Dios solidario, compañero fiel y apasionado de la humanidad, real y misterioso, aunque a veces sus pensamientos y caminos no coinciden con los nuestros.

Es así que, a la luz de esta solidaridad misteriosa, el dolor humano es también divino, pues Dios no es un Padre insensible.

Jesucristo nos enseña a asumir y vivir la experiencia del dolor en forma nueva: como camino de liberación y resurrección. Es el camino de la Iglesia, cuerpo visible del cuerpo glorioso de Jesucristo, y don de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo a la humanidad.

El presente libro quiere ser sobre todo un instrumento útil para reflexionar sobre la realidad misteriosa del dolor a la luz de la palabra de Dios y de Jesucristo.

El P. Caravias aporta su experiencia personal, lo que da al libro un sentido de gran solidaridad entre él y sus lectores.

El pueblo de Dios puede encontrar en las palabras de autor un fuerte aliento para robustecer la espiritualidad del dolor humano como realidad y misterio. Tarea facilitada por el hecho de que el mensaje del libro se desarrolla, más que a nivel exegético-científico, sobre todo a nivel de experiencia humana y religiosa: experiencia vivida por cualquiera de nosotros.

P. LUIS TOSIANI TOR

# INTRODUCCIÓN

El 5 de mayo de 1972 fui secuestrado violentamente por agentes policiales y pocas horas después expulsado del Paraguay. A la misma hora del mismo día, 20 años después, celebrando la Eucaristía, decidí comenzar a escribir este libro. Y esa misma tarde me puse a planearlo y a redactar la presente introducción.

¿Por qué tanto dolor en mi vida y al mismo tiempo tanta alegría? ¡Tanto fracaso y tanto éxito! ¡Tanta infidelidad y tanta perseverancia! He sufrido y he hecho sufrir mucho, pero al mismo tiempo soy feliz y ayudo a ser felices a muchos hermanos. Siento palpitante este misterio terrible y maravilloso de muerte-resurrección.

En mi vida he pasado serias crisis de todo tipo, ideológicas, políticas, psicológicas y afectivas. Crisis de fe y crisis eclesiológicas. He sabido lo que es la incertidumbre de pasar la noche en un calabozo inhumano. He sido calumniado, amenazado y perseguido gravemente. Se me ha clavado con frecuencia la tensión de sentirme rechazado como peligroso. Varias veces me ha palpitado de cerca el peligro de una muerte violenta...

He compartido de cerca la miseria de nuestro pueblo, del gitano de Granada, del campesinado minifundista de Paraguay y de Ecuador, del hachero chaqueño argentino, del indígena andino, del poblador de las zonas inundables de Asunción... ¿Por qué tanto dolor? ¿Por qué tanto desprecio y marginación, tanta hambre y tantas enfermedades? He recorrido Latinoamérica dando cursillos bíblicos

a animadores de base y por todos lados he encontrado víctimas sin cesar.

¿Por qué nuestro pueblo sufre tanto? ¿Cómo aguanta dolores tan largos y tan pesados? ¿Tiene sentido una vida rebosando dolor? ¿Para qué sirven sufrimientos tan profundos? ¿De dónde saca este pueblo la fuerza para resistir por tanto tiempo, sin perder la esperanza y la capacidad de resistencia?

En mis dolores personales el contacto con el pueblo me ha enseñado a resistir a mí también. Me ha ido enseñando a darle sentido al dolor. Y muy unido al contacto con el pueblo ha corrido a la par en mi vida un contacto cada vez más íntimo con la palabra de Dios, leída, comentada y rezada junto con este mismo pueblo sufriente. Y junto con el pueblo, con la Biblia en la mano, me he encontrado personalmente cada vez más a fondo con Jesucristo.

A petición de este sufrido pueblo latinoamericano he dedicado la mayor parte de mi vida a la Biblia. He escrito mucho por pedido de ellos y dedicado a ellos. Y ahora, después de más de veinte años de escritor popular, me siento llamado a estudiar y escribir sobre el dolor humano, como siempre, a la luz de la Palabra de Dios.

En la Biblia se hace un largo recorrido en busca de respuestas al sufrimiento de los hombres. En la actualidad seguimos recorriendo el mismo camino. Por eso pienso que profundizar en las respuestas bíblicas puede sernos de gran ayuda. Nuestro pueblo tiene fe en Dios, y desde su fe, a tientas, busca el camino. Una vez más, la Biblia puede convertirse en luz y fuerza para recorrer este camino de dolor. Buscamos respuestas; y Dios nos las quiere dar... El Antiguo Testamento las preparó; Jesucristo las dio en plenitud.

Ciertamente, el tema del dolor humano sigue siendo de una tremenda actualidad. El hombre de hoy sigue acosado por la eterna pregunta: ¿por qué existe el dolor? ¿Por qué Dios permite que sufra tanta gente inocente? ¿Cómo puede ser que Dios sea bueno, si es él el que manda el dolor al mundo? ¿Cómo se puede creer en la justicia de Dios, cuando vemos gozar de la vida a tantos bandidos y pasar necesidad a tanta gente buena? ¿No dicen que él es todopoderoso?; ¿por qué no impide, entonces, tanto mal como hay en el mundo?

El alarido de ciertos enfermos, el sudor frío del agonizante, la soledad sin horizontes del encarcelado, los ojos sin vida de los enloquecidos, la sangre salpicada en las paredes por la violencia asesina... Indigentes que duermen en los portales; prostitutas que esperan en las esquinas, humilladas, al próximo cliente... El largo gemido del niño famélico gritando su hambre, la desesperación de los sin-tierra y los sin-techo, el cuerpo destrozado por un accidente, las carnes carcomidas por un cáncer... Niños con leucemia y misiles apuntando al cielo... Más de mil millones de personas padecen actualmente extrema pobreza; y ochocientos millones son analfabetos... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué tantas lágrimas?

¿Se puede decir, desde la fe, algo que valga la pena al que así sufre? Al que me mira con ojos llenos de espanto y de lágrimas, ¿qué puedo aportarle? ¿Debo intentar balbucear una respuesta?

En la Palabra de Dios se van dando diversas respuestas, osciladamente ascendentes, a esta problemática. Se puede atravesar la Biblia de un extremo a otro bajo esta óptica. Y ello es precisamente lo que humildemente pretendo realizar. Prescindo de los enfoques filosóficos acerca del pro-

blema del mal. La Filosofía trata con frecuencia el tema y da aportes interesantes, pero no es el enfoque que busco. No pretendo dar ningún tipo de explicación al problema del mal. Ni entro en discusiones sobre las causas del dolor humano. Sencillamente intento realizar una caminata a través de la Biblia, centrando la atención en lo que ella dice sobre este tema.

No les voy a presentar un estudio exclusivamente técnico. Quiero entregarles un material de tipo espiritual y pastoral, que pueda servir para recibir mejor el mensaje de Jesús sobre el dolor humano. Lo que busco a lo largo del libro es la luz y los consuelos de Dios.

Quizás podamos sentirnos identificados con una u otra postura del Antiguo Testamento. Puede ser que en él veamos reflejadas nuestras rebeldías y nuestras búsquedas. Todo ello debe ser camino para aproximarnos a Jesús y, junto a él, seguir haciendo la vida.

Nos acercamos a los libros sagrados dando a conocer el medio ambiente en que vivían sus autores, para comprender así mejor sus respuestas al dolor. Se trata de mensajes muy variados dentro mismo del Antiguo Testamento. En el Nuevo se verá que con Jesús se da un enfoque más pleno al problema. Al principio se trató de tanteos de ciego; Jesús nos abre los ojos y nos muestra un panorama nuevo, de muy amplios horizontes.

Es importante tener en cuenta ya desde el comienzo que es típico de la lógica oriental usar el “y... y”, en vez del “o... o” occidental. En nuestro caso se afirma reiteradamente en la Biblia que el dolor a la vez es bueno y malo. En nuestra cultura, en cambio, se piensa que es o malo o bueno. La lógica bíblica oriental es más “incluyente”; la occidental es más “excluyente”.

Un estímulo para efectuar este trabajo ha sido la invitación realizada por Juan Pablo II en su encíclica *Salvifici Doloris*. Como dice él, “la Iglesia, que nace del misterio de la redención en la cruz de Cristo, está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular en el camino del sufrimiento” (nº 1). Pretendo que el presente escrito sea una humilde colaboración para recorrer este camino. El Papa invita a realizar estudios “a fondo” sobre el tema, especialmente a partir de la Biblia: “La Sagrada Escritura es un gran libro sobre el sufrimiento” (nº 6). Toda la encíclica no es sino una hermosa iluminación bíblica sobre el dolor humano.

Como ya he trabajado otras veces, uso en este libro todo el material que está al alcance de mi mano. Copio, resumo, sintetizo, me inspiro en varios hermanos y hermanas que han escrito sobre el tema. Hago el trabajo de recopilador. Y ello lo realizo con gran libertad, siempre con la mira puesta en el bien de nuestro pueblo. Creo que en ello sigo las huellas de los escritores que fueron redactando poco a poco la Biblia.

P. JOSÉ L. CARAVIAS S.J.





Paul L. George

# 1

## LA FE EN BUSCA DE RESPUESTAS

### ISRAEL ANTE EL ESCÁNDALO DEL DOLOR HUMANO

Los antiguos israelitas, en medio de su obscuridad, se enfrentaron con frecuencia con el misterio del sufrimiento humano. Al principio, en parte se contentaron con respuestas mágicas; más tarde fueron tomando posturas de confianza y aceptación, al encontrarle algún tipo de sentido al dolor; a veces acusaron a Dios despiadadamente... Pero siempre, en lucha con el misterio, intentaron penetrarlo y comprenderlo.

En el tema del dolor humano se da en Israel un proceso de educación, lentamente en avance, como a través del desierto. A veces hubo marchas atrás. De repente, se detuvieron o caminaron perdidos.

En ciertos momentos difíciles se dio un salto adelante. Todo el largo proceso culminaría en el testimonio de la vida de Jesús y la fe en su resurrección.

Pero no esperemos de la Biblia una enseñanza sistemática y ordenada acerca del misterio del dolor humano. Ella no busca dar respuestas concretas al problema del mal. Lo decisivo es el dinamismo total que va configurando poco a poco la experiencia bíblica.

De ningún modo se puede pretender sacar un mensaje definitivo de un solo pasaje aislado. Es todo un proce-

so, que hemos de procurar comprender en su máxima amplitud, especialmente al llegar a la cumbre, que es Jesucristo.

### **Pórtico: Jacob lucha con Dios**

La figura de Jacob es parte de la raíz misma del pueblo de Dios. El capítulo 32 del Génesis contiene una extraña narración, de profundo significado simbólico.

Jacob, de vuelta a Palestina, después de una larga ausencia, atraviesa con su comitiva el arroyo Yaboc, uno de los afluentes del río Jordán, frontera norte de la Tierra Prometida. Él se queda solo a la orilla del arroyo y hace avanzar a su gente tierra adentro.

En las tinieblas de la noche, anunciadoras del rayar del alba, Jacob traba lucha con una persona misteriosa. El misterioso luchador no puede vencer a Jacob, pero le da un golpe en la ingle, le disloca la cadera y Jacob sale renco de la lucha.

El misterioso personaje, cuando la noche va de vencida, pide a Jacob que lo deje marchar, pero este se niega a permitirselo si no le da antes su bendición para poder entrar con éxito en aquella tierra. Y después de cambiarle el nombre de Jacob por el de Israel, se marcha el personaje, bendiciéndolo, pero sin querer contarle él su propio nombre (Gén. 32,23-33).

El simbolismo más sugerente de esta narración es el de la lucha del pueblo de Israel con el misterio de Dios, especialmente con el proceder de Dios respecto al sufrimiento humano, lucha que se realiza en plena noche del misterio y se extiende todo lo que dura la noche. El

dolor está relacionado con la noche, pero no como valor negativo, sino como un misterio, del cual solo Dios tiene la respuesta. La noche es el momento en el que Dios condensa en sumo grado su actuar misterioso. Pero cada noche tiene su alborada.

La lucha con el misterio divino atraviesa la Biblia entera. En algunos momentos llega a ser dramática, como en los casos de Jeremías, Job, algunos Salmos y la muerte del mismo Jesús. Es la eterna lucha entre el hombre y Dios sobre esta tierra; lucha entre nuestra voluntad y la suya, su modo de actuar y el nuestro. Incluso Jesús luchó con el Padre en la tremenda noche del Getsemaní; y salió de este esfuerzo chorreando sangre por los poros (Lc. 22,42.44).

En el momento cumbre de la lucha entre Jacob y Dios, este *“le dio un golpe a Jacob en la ingle, mientras luchaban, y le dislocó la cadera”* (Gén. 32,26). Dios, para bendecir a Jacob, lo hiere, de forma que quede rengo para siempre. O sea, le hace experimentar su debilidad. Y para hacerle comprender que ha cambiado todo con la nueva táctica, le cambia el nombre; ya no se llamará Jacob, sino Israel (Gén. 32,29). Dios lo hace humilde a través del dolor, y así lo hace triunfar.

Este es el misterio que se insinúa en el pórtico de la Biblia, pero no por eso deja de ser noche, ni se llega tampoco a conocer con claridad el nombre de Dios. Algo busca Dios al herirnos, pero no sabemos bien lo que es. Tenemos miedo de sufrir, pero precisamos sufrir. Debilidad y dolor pueden ser camino de triunfo. Este es el misterio en el que pretendemos imbuirnos a lo largo de esta noche.

Veámoslo, hora tras hora, a lo largo de la historia bíblica.

## 1. VIEJAS RESPUESTAS MÁGICAS

Israel, como todo pueblo primitivo, se ve envuelto en el inicio de su camino en un mundo mágico, desde el que pretende explicar el origen del dolor. Piensan ellos que el mundo está lleno de fuerzas desconocidas capaces de causar males, enfermedades y aun la muerte. Existe una serie de objetos tabúes que hay que evitar verlos y tocarlos si no se quiere que la desgracia caiga sobre uno.

Piensan que una fuerza mala anda suelta por ahí, sin control alguno. Y es muy difícil detectar dónde se encuentra, ni cómo actúa. Ella es la causante de los males que sufren, tanto físicos como síquicos. Los humanos sufren porque el mal anda suelto, como fuerza incomprensible y casi incontrolable.

Tienen una cosmología muy sencilla. Piensan que los cielos son la sede de la divinidad; el aire es sede de los espíritus, los buenos que ayudan, y los malos, que son los que causan las enfermedades y las desgracias. La tierra es la sede del hombre; y el sheol, de los muertos.

Esta mentalidad no llegó a superarse en Israel con claridad. Era como una constante que renacía en cada época, y que llegaría, en parte, hasta el tiempo del Nuevo Testamento. Soterradamente permanece en cada nueva explicación al misterio del mal que tantea Israel. Es una visión del mundo que se va repitiendo en el hacerse de cada hombre... Y más o menos en forma explícita llega hasta nuestros días. Ante lo desconcertante del dolor, muchos intentamos echarle la culpa a alguna fuerza mágica, desconocida e incontrolable.

Esta fuerza mágica, en los orígenes de Israel, se pensaba que podía ser el pecado, la maldición o los malos espíritus.

### a. La unión mágica de pecado y castigo

Nuestra mentalidad actual establece una distinción entre pecado y castigo. Son dos cosas diferentes, aunque vengan encadenadas. Para los primeros israelitas, en cambio, el pecado y el castigo eran una misma cosa. La realidad del pecado abarcaba también la parte del castigo. Por eso Caín es incapaz de soportar su pecado, o sea, su castigo de andar errante, alejado de Dios (Gn. 4,13-14).

A Lot se le ordena salir apuradamente, para que no recaiga sobre él el pecado-castigo de Sodoma (Gn. 19,15). Y a Abrahán le echa en cara Abimelec que por ocultar que Sara era su esposa iba a hacer recaer sobre él el pecado-castigo de tomar como esposa a una mujer casada (Gn. 20,9); no importaba que él no lo supiera.

En aquellos primeros tiempos no era nada claro qué se entendía por pecado. Tiene poca relación directa con la voluntad de Dios. Son cosas malas de por sí, tabúes que hay que evitar para que no desencadenen las fuerzas malas que llevan dentro de sí.

El pecado era mirado como una fuerza mágica mala que terminaba destrozando a la persona y a la sociedad en que se daba. “Es como una gran piedra que pesa sobre el pecador” (Sal. 38,5). “El pecado es una realidad casi corpórea, que sigue al pecador” (Núm. 32,23). No importaba mucho que interviniera o no la voluntad libre del hombre. Pensaban que se podían dar pecados por ignorancia (Lev. 4,1-31), en los que lo mismo les venía el castigo encima, automáticamente.

También era considerado pecado el romper la costumbre establecida por la comunidad, aunque, a veces, no tuviera nada que ver con la moralidad de la acción en sí.

El mundo se convertía así en un gigantesco almacén de cosas buenas y malas, independientemente de la voluntad de Dios y de los hombres. Si estos sufren algún mal, es porque se han puesto en contacto con alguna cosa mala, aunque no se hayan dado cuenta de ello, ni lo hayan querido hacer.

Los tabúes son comunitarios. El violador de un tabú de la comunidad hace que el mal se desencadene sobre ella. Y la comunidad tiene que defenderse frente al pecado de sus miembros. Lo hace mediante la expulsión, el castigo y la expiación (ver Núm. 16; Jos 7; 1 Sam. 2,27-36). Cuanto más alto sea, dentro de la comunidad, el rango del pecador, tanto más profundamente entrará el pecado en esa comunidad (ver 2 Sam. 24).

La obsesión por liberarse de los pecados de los demás llevará a hacer de Israel un gueto estrecho y angustioso, enemigo de los extraños y escrupuloso purificador de todo lo que estuviera a su alrededor.

Si el pecado se traspasa a otra persona o animal, el pecador y su comunidad quedan libres de su pecado. Por eso el hombre primitivo hace todo lo posible para que el pecado se vaya de él. De ahí vienen los ritos purificativos y expiatorios, tan abundantes en toda religión primitiva, y en el Antiguo Testamento también, como el rito del chivo expiatorio que se recuerda en el Levítico (Lev. 16,20-22) y el del hallazgo de un cadáver en el campo (Dt. 21,1-9).

Imponían las manos sobre un chivo para que los pecados del pueblo pasaran a él, y luego este era despeñado en un lugar deshabitado, donde no pudiera contagiar a nadie con su "pecado". Dios no era nombrado en este tipo de ritos. En el caso del asesinado encontrado abandonado, los ancianos de la ciudad más cercana tenían que

alejar el pecado de su ciudad sacrificando una becerra en las aguas de un arroyo en un lugar solitario. Sobre la becerra tenían que lavarse las manos. Aquí el pecado no es la acción de matar, sino la misma sangre derramada. Es la presencia del asesinado la que contamina, al clamar pidiendo la sangre del autor del crimen, lo mismo que hizo la sangre de Abel (Gn. 4,10).

La unión mágica entre pecado y castigo va desapareciendo poco a poco en la medida en que crece la fe en Yavé. Será un camino largo realizado por los profetas y los sabios de Israel frente a la dura realidad de que muchos pecadores no son castigados. Pero algo de mentalidad mágica sobrevive siempre, hábilmente disfrazada, a lo largo de la historia de Israel. Llega casi hasta nuestros días en diversas expresiones, a veces teológicas, a veces fruto de la ingenuidad popular. En estos casos nos falta aún mucho camino que recorrer para llegar al Dios de Jesús.

### *Para reflexionar y dialogar*

- 1.** Aclarémonos, en primer lugar, qué entendemos por soluciones mágicas frente al misterio del sufrimiento humano. Para ello, analicemos los dos textos sobre el rito del chivo expiatorio (Lev. 16,20-22) y el del hallazgo de un cadáver en el campo (Dt. 21,1-9).
- 2.** Intentemos descubrir en nuestra cultura actual rastros de soluciones mágicas al misterio del sufrimiento humano. Contemos casos concretos, si es posible.
- 3.** ¿Qué pensamos sobre todo esto? ¿Está bien o está mal? ¿Qué puesto se le suele dar a Dios en estos problemas?